

ALFAGUARA



Benjamín Prado

Mala gente que camina

Capítulo uno

Era un día perfecto para que no empezase esta historia. Estábamos en diciembre; hacía un frío de mil demonios que lograba que la ciudad se pareciera a mi vida como un plato roto a otro plato roto y yo acababa de tomarme en la barra del bar Montevideo, junto al instituto donde doy clase, un café de los míos, negro como la tinta, sin azúcar y tan caliente que le hubiera servido a la Santa Inquisición para quemar dentro de él a Galileo. Después había comprado el periódico, había subido a la sala de juntas para intercambiar con el resto de los profesores media docena de frases esponjosas y, finalmente, había ido a mi despacho para trabajar en una conferencia sobre la escritora Carmen Laforet que preparaba desde hacía un tiempo, y a esperar que llegase la primera visita de la mañana. Porque, desgraciadamente, estábamos a lunes y, desde que era jefe de estudios, todos los lunes, miércoles y jueves, de nueve a doce, recibía a los padres de los alumnos problemáticos que hubiesen pedido cita para hablar de sus hijos, que en su opinión eran unos Sócrates y en la mía un atajo de gandules orgullosos de su pereza y su ignorancia, siempre con sus conversaciones sobre videoconsolas o líneas ADSL y agarrados a sus teléfonos móviles igual que monos a las ramas de un baobab. Un desastre.

Les decía que aquella mañana estaba en mi despacho y que mientras esperaba la visita, a las nueve en punto, de una de las tres mujeres que protagonizarán esta historia, me puse a trabajar en el ensayo sobre Carmen La-

foret que pensaba presentar en un congreso que iba a celebrarse en Atlanta, Georgia, y en el que mi tarea consistía, básicamente, en tocar el manuscrito en clave de re: rehacer, reescribir, replantear... Las consecuencias eran dramáticas, porque el texto empeoraba un poco cada día, se hacía más impersonal, más académico, más envarado. No es extraño que ese lunes, al mirar alternativamente la ventana de mi despacho y la pantalla del ordenador, empezase a ver mi trabajo como si él también fuera una calle nevada. ¿Se han fijado en lo que ocurre después de una tormenta de nieve? Al principio la ciudad es blanca, hipócritamente blanca, y parece tan limpia, tan honesta; pero después, según transcurren las horas, se va ennegreciendo con las pisadas de la gente, como si cada uno que pasa dejara en ella sus pecados. Bueno, pues eso es justo lo que me parecía, a aquellas alturas, mi ensayo: algo que se había convertido en hielo sucio y duro. Algo sobre lo que era fácil resbalar.

Empecé a leer donde lo había dejado la última vez: «Hoy, a los sesenta años de la aparición de *Nada*, esa novela con que la joven Carmen Laforet ganó el Premio Nadal en 1945, no sólo es el tercer libro más estudiado de la literatura española, tras el *Quijote* y *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela, sino que ha logrado la unanimidad de la crítica, que la considera una de las obras cardinales no sólo de nuestra narrativa de posguerra, sino también...».

—¿Se puede? ¿Me perdonas si te interrumpo unos segundos?

Levanté los ojos y vi en el umbral a Bárbara Arriaga, la profesora de Física y Química. Era una mujer delgada, con un rostro terroso y asimétrico, una mirada pendenciera en la que se conjugaban, de forma incongruente, el desinterés y la avaricia, y un carácter áspero que tendía

a convertir el suceso más trivial en una batalla. Su voz era muy hermosa, elegante y de una musicalidad que estaba en contradicción con toda ella, pero especialmente con su boca, en la que conservaba una perenne mueca de disgusto. Si te fijabas en sus labios, siempre tenías la impresión de que, una de dos: o estaba a punto de silbar *La Marsellesa* o acababa de sorber un espagueti.

—Claro, Bárbara. Adelante.

—Quería hablar contigo.

—Tú dirás.

Y vaya si dijo, la muy zorra. Les voy a ahorrar su discurso, lleno de palabras adustas y gestos desabridos, fabricado con una mezcla de ruegos, quejas y amenazas, y que tenía que ver con la injusticia que, en su opinión, se había cometido con ella al ponerle dos de sus tres guardias semanales seguidas, el jueves y el viernes. Porque en un instituto, que se parece a un cuartel mucho más de lo que la mayoría de las personas supone, siempre hay un profesor de guardia, que es el que vigila por los pasillos cada vez que suena el timbre, lleva a la biblioteca a los estudiantes que han sido expulsados o prepara sus partes de amonestación, se ocupa de llamar a las familias de los que caen enfermos y hace las sustituciones a sus colegas, entre otras cosas; y ésa, claro está, es una función de sargento de artillería que a ninguno nos gusta hacer. Y menos aún dos días seguidos. Y menos aún si eres como Bárbara Arriaga, una de esas personas con complejo de superioridad que viven eternamente agraviadas y llenas de frustración, seguras de que las subestiman e incapaces de aceptar el cargo que ocupan en este circo: pero qué hace un gran trapeceista como yo limpiando las jaulas de los elefantes. Por supuesto, ya habrán deducido que el encargado de repartir y adjudicar las guardias es el jefe de estudios.

—De manera que ya me dirás tú si no es para sentirse dolida y poner el grito en el cielo —acabó por fin Bárbara, tras quince minutos de reproches. Me fijé en sus ojos, llenos de cólera y torcidos por el disgusto. Luego, me concentré en dos pequeñas gotas de color verde que había en el pecho de la bata blanca de científica que, por alguna razón, siempre llevaba en el instituto. Quizás es que estaba tan rabiosa que había llorado trozos de cocodrilo.

—Vaya, Bárbara —dije, en un tono que quería parecer apesadumbrado—, pues lo lamento de verdad.

—¡Que lo lamentas! ¿Eso es lo único que se te ocurre? Oye —dijo, tomando aire como si amartillara un arma—, te voy a advertir una cosa, ¿eh? No juegues conmigo. Ni lo intentes.

Me hubiera gustado retroceder veinte años, hasta los felices ochenta, para decirle lo que le habría dicho entonces, forzando un gesto que fuese una amalgama de chulo y galán:

—Mira, nena, yo sólo jugaría contigo a cortarte en dos con un hacha, ¿vale?

O algo similar.

—Procuraré que no vuelva a ocurrir —le contestó, sin embargo, el hombre en que me había convertido—. No puedo prometerte otra cosa.

—Oye —dijo, apuntándome con un dedo índice que se movía como el de un general que eligiese, entre un grupo de soldados cautivos, a los prisioneros que iba a fusilar—, si tengo que pedir una inspección, lo haré; no lo dudes.

Volví a mirar las manchas verdes en su bata y ella se cruzó de brazos.

—Bueno, querida Bárbara, esperemos que no llegue la sangre al río. Te ruego que me disculpes, si te has sentido ofendida.

Me miró, intentando calibrar la sinceridad de mis palabras, y dijo, en un tono aún tajante pero algo más pulido, casi conciliador:

—Es que no puedo venir aquí todos los días a las ocho, ¿sabes? Yo también tengo una vida privada, aunque tú no lo creas.

—Lo supongo —dije—. Y ahora, si eres tan amable, tengo un montón de asuntos pendientes.

Se fue, pero se llevaba entre las uñas un maravilloso cuarto de hora de mi tiempo. Para vengarme, abrí mi agenda y le apunté otras dos guardias correlativas la semana siguiente. Me sentí viscoso, pero reconfortado. Qué raros somos.

Quedaban diez minutos para que llegase la primera visita de la mañana, de manera que volví a mi ensayo: «... no sólo de nuestra narrativa de posguerra, sino también de la literatura del siglo veinte. Si entre los autores españoles Juan Ramón Jiménez la comparó con Baroja y Unamuno; Ramón J. Sender la puso por encima de George Sand, Gertrude Stein o Virginia Woolf, y Miguel Delibes vio en *Nada* un antecedente tanto del *nouveau roman* francés, y en concreto de autores como Marguerite Duras o Alain Robbe-Grillet, como del objetivismo que Rafael Sánchez Ferlosio desarrollaría más tarde en *El Jarama*; si todo eso, unido a los halagos de Azorín, la atención de eminentes exiliados como Francisco Ayala, que comentó la novela en la revista argentina *Realidad*, y el reconocimiento de colegas como Ana María Matute o Carmen Martín Gaité, ocurrió entre los literatos españoles, más allá de nuestras fronteras, escritoras de la categoría de Alejandra Pizarnik o Jane Bowles y críticos como Jeffrey Bruner, Ruth el Saffar, David W. Foster, Roberta Johnson o Sara E. Schyfter...».

—Buenos días. ¿Podemos hablar?

Ahora, el que estaba en la puerta era Miguel Iraola, el profesor de Matemáticas, un hombre de aspecto meticuloso, siempre vestido con una pulcritud inflexible y una elegancia algo obsoleta que le daba cierto empaque de conde arruinado; solía llevar trajes de tonos mortecinos, generalmente de color marrón o gris, y zapatos de cordones; y en el bolsillo de su americana jamás faltaban tres bolígrafos y un pañuelo que sacaba de continuo para limpiar las gafas y secarse las manos o la frente con un ademán de persona abrumada por el peso de sus responsabilidades. Tenía aspecto de aguafiestas, labios finos y una piel tan pálida y desvaída que, en caso de necesidad, no hubieras sabido si mandarlo al médico o a la tintorería. Era imposible no fijarse en su forma de andar, con pasos cortos pero estirando mucho las piernas, como si con cada zancada diese una patadita a un balón invisible. Al hablar, siempre con un estilo alambicado y pendular, lleno de frases subordinadas que entraban y salían de su discurso lo mismo que hormigas en un hormiguero, vocalizaba de un modo ampuloso y recalcando la forma de las palabras con los labios, igual que si todos sus interlocutores fuesen sordomudos. En general, era una persona atildada que, con frecuencia, rayaba en lo ridículo. El mote que le habían puesto los alumnos era La Reina Madre.

—Cómo no, Miguel —dije—. ¿En qué puedo servirte?

El profesor Iraola, más bien, se sirvió solo. Su problema eran dos gamberros apellidados Ríus y Martínez que saboteaban sus clases y predisponían contra él al resto de los alumnos.

—Y no son ganas de quejarse en balde, pero ya me dirás tú si así, con esos bribones tirando tizas y haciendo muecas en cuanto te vuelves hacia la pizarra —decía Iraola, con mucha gesticulación y sacando el pañuelo para en-